



Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.

“Acercamiento a Jesucristo”

*(Siguiendo la obra “Jesús el Señor”
de Angelo Amato)*

S.M.I. Catedral de La Habana
23 de marzo de 2009.

Cuarta catequesis

“El Cristo de la fe de la Iglesia”

Vamos a ver hoy los pilares sin los cuales no puede haber un verdadero estudio cristiano completo de Cristo con todo su valor salvífico, es decir, con todo lo que El hace eficazmente por nosotros para darnos la salvación.

Cuatro son los elementos esenciales de una comprensión global de lo que es Jesucristo:

1. La historia de Jesucristo
2. la continuidad personal entre el Jesús de la historia y el Cristo al cual nosotros nos referimos siempre en nuestra fe de la Iglesia.
3. La confesión de Jesucristo como **salvador absoluto y definitivo**
4. La importancia para la salvación del Cristo de la Biblia y de la Iglesia, del Cristo bíblico-ecclesial hoy.

Estos criterios son una exigencia requerida por el mismo Cristo cuando preguntó a sus discípulos: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?” (Mt 16, 15), y por la inagotable pregunta que el hombre religioso se hace para explicarlo y motivarlo. No se trata de cuatro aspectos separados en el acontecimiento de Cristo, como si fueran cuatro partes distintas de su misterio. Se trata de la única persona de Jesucristo, cada vez más cercana y descubierta en la totalidad de su misterio salvador. Con estos criterios se pretende responder a estas preguntas de fondo:

1. ¿El Cristo de la Biblia y de la Iglesia es un mito, una idea preconcebida, una creación de la comunidad cristiana primitiva, o por el contrario, es un personaje histórico concreto, fundador del cristianismo?

2. ¿El Cristo bíblico y eclesial anunciado y vivido por la comunidad eclesial es el auténtico y mismo Jesús histórico o, por el contrario, es una dilatación indebida de la figura de ese Jesús histórico?
3. ¿Dónde se funda la pretensión del Cristo bíblico eclesial de ser el salvador absoluto, definitivo y universal?
4. ¿En qué consiste la salvación y la liberación aportada por el Cristo bíblico y de la Iglesia?

Hagamos primeramente un acercamiento histórico a la figura de Jesucristo.

La historia de Jesucristo.

El primer núcleo de todo anuncio de Cristo ha de ser la historia de Jesucristo. El anuncio cristiano ha de fundarse, confrontarse y referirse continuamente a la historia de Jesús. Ahí está la fuente de la experiencia cristiana de todos los tiempos y lugares. Se entiende la historia de Jesús tanto como un conjunto de hechos reales sucedidos en determinadas circunstancias de tiempo y de espacio, como las ocasiones en que Dios interviene con su acción salvífica. El cristianismo se ha producido a partir de la historia concreta de Cristo. La historia se convierte en Cristo en una historia de salvación.

Históricamente, Jesús es el personaje judío que ha vivido en el comienzo de nuestra era cristiana. El nombre de la era cristiana está tomado de El. En el conjunto de la revelación salvífica de Dios en la historia, Jesús es el Cristo, el Salvador absoluto y definitivo, manifestado en la historia con actitudes, doctrinas y hechos históricos concretos que tienen un significado para nuestra salvación. Presentamos a Cristo en su historia precisamente porque no es un mito, ni un postulado racionalista, ni un derivado de exigencias sociológicas, ni creación de la primitiva comunidad cristiana.

El cristianismo se funda en la historia de Cristo y no sólo en su significado y función salvadora “para nosotros”: “Jesús tiene significado para nosotros, puntualiza el teólogo Bannenberg, sólo en la medida en que esta significación está en El, en su historia y en la persona que la historia nos muestra. Solamente si esto puede demostrarse podemos tener certeza de que no nos limitamos a proyectar nuestros problemas, deseos, pensamientos personales o ilusiones sobre la persona de Jesús”.

Más allá de toda negación e interpretación mitológica de Cristo y de las fuentes cristianas, los estudios históricos contemporáneos, incluso los más exigentes, coinciden en afirmar que los evangelios “son el rechazo del mito”, por lo que “la presentación de Jesús que hace el primer cristianismo está empapada de historia”.

En los escritos evangélicos y en los Hechos de los Apóstoles son parte integrante de la predicación de la Iglesia primitiva las referencias a la vida concreta de Jesús en su etapa terrena. Se han comparado los evangelios con los escritos biográficos antiguos de griegos y judíos. Y se ha llegado a estas conclusiones: los antiguos escritos biográficos no tenían como rasgo distintivo el rango cronológico, no ponían los acontecimientos en un orden según el tiempo en que iban pasando, sino que trataban temas específicos que iban reflejando la vida de esos hombres. Tampoco el biógrafo describía el carácter de su personaje, presentaba a la personalidad del biografado de manera indirecta por medio de sus palabras, de sus acciones y de sus gestos. Tampoco colocaban al héroe en el contexto de su tiempo. Por tanto, hemos de concluir que deben rechazarse muchas opiniones llenas de prejuicios que se han señalado al comparar los evangelios con las antiguas biografías. Los

evangelios están muy cercanos al mismo género de las biografías antiguas. Los evangelios son ciertamente documentos que anuncian a Cristo, pero están llenos de indicaciones históricas y biográficas.

El teólogo protestante Bultmann reconocía ya en 1926: “La duda sobre si Jesús ha existido verdaderamente es infundada y no merece ser rebatida, es totalmente evidente que Jesús está en el origen de ese movimiento histórico cuyo primer núcleo tangible está representado por la comunidad cristiana de Palestina” y el teólogo católico H. Küng añade: “Toda manipulación, ideologización y mitificación de Cristo tiene su límite en la historia. El Cristo del cristianismo no es simplemente una idea fuera del tiempo, un principio de validez eterna, un mito de significado profundo... el Cristo de los cristianos es una persona concreta, humana, histórica; el Cristo de los cristianos no es otro que Jesús de Nazaret. En este sentido el cristianismo se basa fundamentalmente en la historia, la fe cristiana es esencialmente una fe histórica... solamente sobre la base de esa fe histórica el cristianismo pudo imponerse desde el principio a todas las antiguas mitologías, a todas las filosofías, a todos los cultos místéricos”. Dice Kasper: “La profesión de fe eclesial no se apoya sobre sí misma, tiene su contenido y norma preestablecida en la historia y en la suerte de Jesús”.

Además, el anuncio de los primeros discípulos no es más que una referencia con sentido teológico, y como una propuesta salvadora, a la historia de Cristo: “varones israelitas-dice Pedro el día de Pentecostés- oigan estas palabras: Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios entre ustedes por medio de milagros, signos y prodigios que Dios realizó entre ustedes por obra suya, como bien saben, según los planes y designios de Dios, les fue entregado y ustedes lo han clavado en una cruz por manos de impíos y lo han matado. Pero Dios lo ha resucitado, librándolo de la angustia de las tinieblas, porque la muerte no podía retenerle en su poder” (Hch 2, 22-24). La historia concreta de Cristo es el lugar donde se manifiesta y realiza el plan salvador de Dios, así como la historia concreta de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, es el lugar donde se manifiesta y realiza la salvación de la humanidad en Cristo.

Esa misma historia, en cuanto acontecimiento, es ya salvación, es decir, concretamente la presencia de Cristo en la historia con su existencia, gestos, palabras, actitudes, muerte de Cruz y resurrección es al mismo tiempo la salvación definitiva que Dios nos da.

Por lo tanto, puede afirmarse que la historia de Jesús, es decir, el Cristo bíblico, es el punto originario e insustituible de toda nuestra comprensión de Jesucristo. La historia de Jesús es el primer criterio de valor para un estudio sobre Cristo.

Continuidad personal entre el Jesús de la historia y el Cristo del anuncio que hace la Iglesia.

Una vez establecida la importancia fundante de la historia se nos pregunta si el Cristo del anuncio eclesial, es decir, el que nosotros proclamamos en nuestra profesión de fe en el Credo, el Cristo de la religiosidad popular, el Cristo de la teología, de la catequesis, de la pastoral contemporánea es el mismo Jesús de Nazaret señalado por las fuentes bíblicas. ¿No habrá sido ampliada su figura por la fe de la comunidad cristiana primitiva actuando indebidamente, por los decretos conciliares que son verdaderos dogmas, por los estudios teológicos de tantos estudiosos, de manera que en realidad el Cristo que se anuncia hoy en la Iglesia sea diferente del Jesús de la historia? Este último habría sido indebidamente “enriquecido” de elementos y de calificativos divinos extraños a El. Se daría entonces una desviación considerable entre el Cristo de la historia con el Cristo de la fe, con la

consiguiente ruptura de la continuidad personal entre el auténtico Jesús histórico y el Cristo de la fe que sería entonces inauténtico. Este nudo se desata si comprendemos a Cristo como lo hizo la Iglesia primitiva y lo hace hoy guiada por el Espíritu Santo, así nos ha sido transmitido por la Tradición desde sus comienzos. Es decir, se trata de reconducir el origen de los estudios sobre Cristo a los acontecimientos históricos de su venida al mundo, pero leído durante el tiempo por la comunidad de fe que ha estado guiada e iluminada por el Espíritu Santo. Por eso los Concilios, la vida litúrgica, la devoción popular, la interpretación que hace la teología, presentan también elementos legítimos e indispensables, que no han corrompido o ampliado indebidamente el Jesús de la historia, sino que lo han anunciado de nuevo adecuadamente en el curso de la historia de la Iglesia con comprensiones siempre más profundas y con categorías inculturadas según las distintas épocas.

Este problema planteado así como lo hemos hecho ahora tiene su propia historia. Surgió en ambiente protestante a finales del siglo XVIII y tuvo muy escasa influencia sobre la teología católica. Pero recientemente a la Iglesia católica le ha surgido una contestación del Cristo de la fe, del Cristo del dogma, como si éste no respondiera del todo al auténtico Cristo bíblico de las fuentes cristianas. Por tanto, es útil que presentemos brevemente aquella visión protestante para tener un cuadro de referencia completo en la solución del problema de la validez del Cristo que la Iglesia predica hoy.

Visión protestante del Jesús de la fe.

Comenzó a investigarse a Cristo en clima iluminista y se elimina el Cristo de la fe, del dogma, considerándolo una construcción indebida de la Iglesia y este movimiento se pone a la búsqueda del auténtico Jesús de la historia, pero poniendo en discusión la validez histórica de las fuentes evangélicas. Hay muchos autores que fueron andando muy lejos por este camino. Citemos, por ejemplo a Reimarus, quien dijo que Jesús habría sido solamente un agitador político que fue al fracaso. Fueron los discípulos quienes relanzaron su sueño mesiánico. Ya no en sentido político, sino en sentido espiritual. Por tanto, habrían sido los discípulos los verdaderos inventores del Cristo de la fe. Esta tesis que hoy puede considerarse “tonta y aficionada” tuvo sin embargo el gran mérito de abrir la investigación sobre el Jesús histórico y sobre el valor histórico de las fuentes cristianas.

Por lo tanto, dejando a un lado el Cristo del dogma se pusieron los autores a buscar febrilmente el auténtico Jesús de la historia, con acercamientos muy diferentes, algunos lo buscaban con un pensamiento racionalista, otros con un pensamiento fantástico, otros viendo los elementos míticos. Por este camino se llegó finalmente a la negación de la existencia de Cristo. Esta investigación naufragó en un número incontrolado de retratos excluyentes de Jesús hasta desaparecer al mismo Jesús histórico, que era a quien se pretendía recuperar en su integridad.

Comienza así una segunda fase con Karl Barth y Bultmann. Que se colocan en el lado opuesto al anterior. Contra la radical tendencia racionalista de la teología liberal, Barth subrayó de manera igualmente radical la trascendencia absoluta de Dios, aquel que es totalmente Otro. Rechazó decididamente la pregunta sobre el Jesús histórico (no hay que preguntarse cómo fue el Jesús de la historia, nunca lo sabremos), funda así la fe cristiana solamente sobre el kerigma de Jesús, es decir, el anuncio de Jesús como Cristo y Señor crucificado y resucitado. Esta corriente tomó como lema la frase de 2Co 5, 16: “Ya no

conocemos a nadie según la carne, si hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así”.

Fue sobre todo Bultmann el que sostuvo hasta su muerte en 1976 esta línea de insistencia sobre el Cristo del kerigma, desatendiendo casi totalmente al Jesús histórico: “Soy del parecer, dice este teólogo, que no podemos saber nada de la vida y de la personalidad de Jesús, ya que las fuentes cristianas no se han ocupado de ello sino de manera fragmentaria y con tono legendario y no existen otras fuentes sobre Jesús. Lo que se ha escrito casi un siglo y medio sobre la vida de Jesús, sobre su personalidad y sobre su evolución interior, etc., es producto de fantasías y material de poesía, pues no son investigaciones críticas”. Más que conocer a Cristo en sí mismo, subraya este autor una llamada existencial derivada del anuncio de Cristo muerto y resucitado para que respondamos a esa llamada con nuestra vida y nos beneficiemos con la salvación.

Además de las reacciones de sus discípulos contra Bultmann, muchos estudiosos protestantes se han opuesto a su postura. Citemos a J. Jeremías, quien acusa a Bultmann de vaciar de contenido el mensaje evangélico de la encarnación y de sustituir a Cristo por Pablo. El comienzo de nuestra fe, dice Jeremías, consiste en el hecho histórico de la vida de Jesús y no en el anuncio que se hace de Él después de la Pascua. Además es el mismo kerigma el que nos envía al Jesús histórico, puesto que nos anuncia que Dios ha reconciliado el mundo consigo mediante Cristo crucificado y resucitado. El significado de la muerte de Jesús por tanto, no es una interpretación del kerigma, es decir, del anuncio que hacen los apóstoles, sino el significado del mismo Jesús. Pablo es incomprendible sin Jesús, no al revés.

Para estos estudiosos hay continuidad y anuncio entre el anuncio del Jesús prepascual y el Cristo postpascual. Desde el comienzo la cristiandad no ha conocido otro Cristo más que el prepascual y el postpascual a la vez histórico y elevado a la derecha de Dios. Precisamente la fe y la certeza en Jesús vivo y resucitado contribuyó así a guardar celosamente las tradiciones relativas al Jesús histórico.

Continuidad personal del Jesús de la historia y el Cristo de la fe.

Primero que todo hay que afirmar rotundamente la no contradicción entre historia y fe. La fe no es un mito sin fundamento histórico, ni una paradoja sin fundamento racional. Por otra parte, la historia no es solamente el conjunto de acontecimientos que suceden en el desarrollo del mundo, sino que alberga también el diálogo de salvación que Dios ha hecho con el hombre. Por tanto, en Cristo historia y fe van ligadas indisolublemente, de manera que el Cristo de la fe está fundado en el Jesús de la historia, y éste, el Jesús de la historia es el inspirador de la fe de la primitiva comunidad cristiana. Una búsqueda equilibrada ve en el dogma no la ampliación indebida del Jesús histórico, sino la concreción de algunos aspectos del mismo injustamente reducidos o rechazados en ciertos momentos de la historia de la Iglesia. El Cristo dogmático es el mismo Cristo bíblico cuyo acontecimiento ha sido expresado de modo que las culturas de la época o de cada época puedan entenderlo. En conclusión, Cristo es el mismo de la historia bíblica, de la vida de la Iglesia y de los dogmas, es el mismo el Cristo del evangelio y el Cristo de nuestro Credo que recitamos cada domingo.

Por eso, además de buscar en las Sagradas Escrituras la historia de Jesús, es necesario también fijar la atención en la gran aportación que la Tradición de la Iglesia ha dado para la profundización del misterio de Cristo. La Tradición cristológica es riquísima y tiene su s

lugares privilegiados en la vida litúrgica, en la experiencia espiritual, en la catequesis y en la predicación, en las decisiones de los Concilios, en la reflexión de los teólogos y de las escuelas teológicas, en el sentido de la fe del pueblo cristiano y el magisterio de la Iglesia. Quien desea estudiar a Cristo y a su misterio escucha la Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, no sólo para un conocimiento histórico de la verdad, sino para elaborar una respuesta adecuada a los interrogantes contemporáneos y para iluminar y formar la conciencia actual con la fe cristiana. Por lo tanto, la reflexión del cristiano no es sólo especulativa, por el gusto de encontrar ideas claras, sino también explicativa y práctica para actualizar la persona y el mensaje de Jesús para todos nuestros contemporáneos. No sólo se busca la inteligencia del misterio de Cristo y la posibilidad de proponerlo hoy con un lenguaje adecuado a nuestro mundo, sino que se buscan también motivos inspiradores para la fe, la vida de la comunidad eclesial. He ahí el aspecto espiritual y práctico de ese estudio que hacemos sobre Jesús.

En el estudio sobre Jesús no se puede olvidar, además de la dimensión bíblica y espiritual, la dimensión existencial que hoy es tan reclamada y puesta en evidencia y que consiste en la exigencia de un encuentro personal con Cristo, conocido y experimentado por la participación comprometida en la vida eclesial y en toda su exigencia radical, en la liturgia, en los sacramentos, en el apostolado, en la ética, en la acción social, etc., que define concretamente la vida cristiana. Tampoco podemos olvidar la dimensión práctica, por la atención que el hombre de hoy presta a los cristianos que saben combinar la teoría sobre Cristo con una adecuada praxis cristiana, es decir, con una vida cristiana coherente con la fe. La dimensión ecuménica, que se abre al diálogo con las comunidades cristianas, tanto occidentales como orientales, cuyo conocimiento puede enriquecer la reflexión de la cristología católica. La dimensión pluralista para presentar el mensaje de Cristo en diferentes y legítimos horizontes filosóficos, teológicos y existenciales. La dimensión trinitaria, que explicita el misterio de Cristo en el ámbito de la vida trinitaria, referida al misterio de la Santísima Trinidad. La dimensión pneumatológica que pone de relieve el papel fundamental del Espíritu Santo en el seguimiento de Cristo, en el acontecimiento de Jesucristo.

Hoy, al mirar a Jesús, se tiende a ver la intrínseca unidad que hay entre el misterio de la encarnación y el de la redención. Jesucristo se hizo carne por nosotros. Lo decimos en el Credo: “Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo”. La encarnación funda la redención por la Cruz: “por nosotros murió en la Cruz”. No sólo la muerte sino también toda la existencia de Jesús es una existencia por nosotros, por amor a nosotros el Padre envió al Hijo: “Tanto amó Dios al mundo que nos envió a su Hijo”.

Recordemos que toda la vida de Jesús es una pro-existencia, por los demás, por nosotros, que quiere decir “a favor de nosotros”.